

Brasil: Fatalidad del destino

Carlos Newton

Newton Carlos: Escritor y periodista brasileño. Columnista de las "Folhas de Sao Paulo" y de la red Bandeirantes de Radio y Televisión. Corresponsal de "Latin America Newsletter" y "El Periodista" de Buenos Aires. Ha publicado seis libros, uno de ellos es "Santo Domingo, la Guerra de Latinoamérica".

En el año 1984, Brasil vivió la mayor movilización de su historia. Sólo comparable, en términos relativos, a la campaña por la abolición de la esclavitud, en el siglo pasado. El pueblo en la calle exigía el restablecimiento de las elecciones presidenciales directas. La sucesión de presidentes militares completaba los veinte años, y la promesa de una apertura "lenta, gradual y segura" rompía la barrera de un decenio de medidas limitadas, de poca solidez política.

El régimen militar reconocía la inevitabilidad de un presidente civil a partir del 85. Las elecciones directas para gobernadores habían colocado a políticos de la oposición al frente de estados clave como Sao Paulo, Minas Gerais y Río de Janeiro. Aunque "consentida", la oposición se volvía cada día más agresiva. El fin de los actos institucionales y de la censura de prensa se unió a una amnistía. Se fortaleció la militancia política y el papel fiscalizador de los periódicos. Un periodista, incluso, se especializó en denunciar escándalos financieros caracterizados por una corrupción nunca antes vista por los brasileños; uno de estos escándalos ponía en juego más de un billón de dólares. "Cantidad mayor que la del robo del siglo en Inglaterra", escribió el autor del libro "Los Mandarines de la República".

La opulencia de los "mandarines" contrastaba con la miseria creciente de la gran masa de la población; era imposible retener la redemocratización. Pero entre los teóricos y guardias pretorianos de la revolución del 64, del golpe dado en defensa de la democracia y contra la corrupción, aún prevalecía la idea de una transición lo más prolongada posible, limpia de traumas y "revanchismos". El mecanismo creado para la elección de los generales-presidentes, el Colegio Electoral, sufriría ajustes sistemáticos para impedir sorpresas. El sucesor del general Figueiredo, en 1985, sería un civil, pero del régimen; nada de elecciones directas por los momentos. El partido de la "revolución" - Partido Democrático Social (PDS) - fue movilizado mi-

litarmente para derogar la enmienda constitucional, restableciendo de este modo las elecciones directas.

FRUSTRACIÓN NACIONAL

El régimen militar continuaba disponiendo de los mecanismos "institucionales" para evitar una transición "con traumas y descontroles". Las actas institucionales fueron derogadas, pero un conjunto de dispositivos de "salvaguarda" permaneció en pie para casos de desafíos incontrolables por medios civilizados. El presidente se quedó con poderes que le permitían decretar medidas de ejecución sin el conocimiento previo del Congreso (el mismo Congreso que fue aislado durante la votación de la enmienda para las elecciones directas) y legislar promulgando decretos-ley. Por lo tanto, aún existe un "escombros autoritario" no removido totalmente: leyes de prensa, seguridad nacional, etc.

Apoyo no faltaba para que se cumpliera la decisión de colocar a un civil de confianza en palacio, pero esta liberación de las amarras, aunque parcial, traía consigo el surgimiento de "imponderables". La sucesión limitada de generales dependía de un juego de presiones oculto en los cuarteles y condicionado por la disciplina militar y su jerarquía. Sin embargo, no era tan complicado. Un general de tres estrellas no competiría jamás con uno de cuatro. Pero la decisión de abrir un espacio a un civil militante del partido de la "revolución", en cierta forma restableció el mercado político, y como era el turno de un civil, muchos se consideraron con el derecho de proclamarse "presidenciables".

Era responsabilidad del general-presidente, en este caso el general Figueiredo, coordinar la elección de un candidato y llevarlo a un triunfo tranquilo en el Colegio Electoral; coordinación ésta, por sí sola, difícil, teniendo en cuenta las ambiciones desatadas. Pero, entonces, otro factor terminó por inmovilizarla: el delirio continuista, aunque nunca confesado claramente, del general Figueiredo. Escoger a alguien debería significar para él algo así como aplicarse un barbitúrico en su sabroso delirio. Además, él esperaba que dicha elección produjese un tumulto tal que al régimen no le restaría otra alternativa que no fuese mantenerse a sí mismo en palacio por medio de una "prórroga del mandato", Otro "casuismo" (expediente político para evitar derrotas) más, no haría diferencia.

Pero el último general-presidente calculó mal. No midió con el cuidado necesario el grado de descomposición del régimen, ya necrosado en muchas partes, ni el potencial de audacia de los civiles "revolucionarios", especialmente de uno de ellos: el

diputado Paulo Maluf. Aventurero dispuesto a todo y con recursos financieros para operar políticamente - no se sabe sacados de dónde - Maluf actuó como un cilindro compresor en el ámbito restringido del PDS y logró convertirse en el candidato oficial. Se enfrentó al palacio, a la plana mayor y a los notables del partido de la "revolución". Si se mantenía la disciplina de los últimos años, él sería, casi automáticamente, el presidente, ya que el PDS controlaba el Colegio Electoral. Pero también Maluf calculó mal: por un lado, no es general; por el otro, no estaba protegido por el general-presidente. Los militantes del PDS no le debían obediencia.

LA IRRUPCIÓN DE NEVES

Incluso antes de la convención, cuando la victoria de Maluf parecía inevitable, se produjo la primera ruptura. Notables como Aureliano Chaves, José Sarney y Marco Maciel se escindieron y crearon el Frente Liberal, hoy Partido del Frente Liberal.

Un político con más de cincuenta años de experiencia y reconocido poder de conciliación, Tancredo Neves, se dio cuenta de que en definitiva era posible derrotar al régimen en su propio reducto, el Colegio Electoral. En su larga carrera de hombre público, Tancredo Neves cubrió casi todos los cargos: concejal en su tierra natal (la ciudad de Sao Joao del Rey, en el estado de Minas Gerais), diputado estadual, diputado federal, ministro, primer ministro (durante un corto período parlamentarista, al comienzo de los años 60), senador y gobernador de Minas Gerais. Sólo le faltaba la presidencia.

Por parte de la oposición Tancredo Neves contaba con un voto de confianza ya que jamás sirvió a ninguna dictadura. Para él esto era motivo de honra. Por parte de los disidentes del régimen el voto de confianza era el producto de un comportamiento probadamente moderado a lo largo de medio siglo. Militantes del PMDB (antiguamente partido de oposición, hoy el partido brasileño más grande), Neves obtuvo su candidatura viabilizada por el apoyo del Frente Liberal, es decir, por los disidentes del PDS. El ex-senador José Sarney, también ex-presidente del PDS, se constituyó como su compañero de plancha. El triunfo en el Colegio Electoral, el 15 de enero, fue simplemente la consagración de una operación política erigida, más allá de cualquier preconcepto, con habilidad y maestría.

En el epicentro de la información se encontraban un pacto político y un reglamento institucional con el siguiente ítem principal: la convocación a una constituyente en 1986 para definir las "reglas del juego" de la "Nueva República", la duración del

mandato presidencial, las prerrogativas del Congreso, los límites de la presidencia, la remoción de los "escombros autoritarios" y la revocación de leyes que condicionan la acción de los partidos, de la prensa y de los ciudadanos. Como vemos, la espina dorsal de la transición sería la plena redemocratización. Pero el mismo Tancredo Neves sabía que ninguna de las dos deudas podían esperar más: la deuda externa de más de cien billones de dólares y la deuda social, cuyo cobro las legiones de miserables difícilmente aceptarían postergar para un incierto mañana.

En 1960 la mitad de los brasileños más pobres se quedaban con el 17 por ciento de la renta nacional; el 10 por ciento de los más ricos se apropiaban del 46 por ciento y un 1 por ciento de los mismos del 12 por ciento. En 1980, la mitad de los más pobres bajó a un 13 por ciento, mientras que el 10 por ciento de los más ricos ascendieron a un 51 por ciento con un núcleo del 1 por ciento de riquísimos que se embolsaban el 17 por ciento. En conclusión: el 1 por ciento de multimillonarios, en buena parte engordados en estos últimos veinte años de régimen militar, se apropiaban de una parcela mayor de la renta nacional con respecto a aquellos 50 por ciento más pobres. Pero también existen desigualdades regionales. Las poblaciones del norte son un cuarto del total de la población del Brasil y poseen, o mejor dicho, reciben, el 14 por ciento de la renta nacional. Deuda social tanto o más explosiva que la deuda externa; "ésta se paga con dinero y no con la miseria del pueblo", decía Tancredo Neves.

UNIDAD EN LA DESIGUALDAD

El programa de la Alianza Democrática (la coalición tancredista, que juntó al PMDB y a la Alianza Liberal) promete conciliar el crecimiento económico y, a la vez, combatir la inflación, así como detener la sangría de los desembolsos para el pago de los intereses de la deuda externa por medio de una nueva "filosofía" de negociaciones; también prometía aminorar el sufrimiento del pueblo, enterrar los "restos del autoritarismo" (sin revanchismos) y promover la plena redemocratización por medio del libre juego de fuerzas políticas en una asamblea constituyente electa por el pueblo. La actual constitución, todavía vigente, fue otorgada por los militares.

La "unidad en la desigualdad" de tal pacto se ajustaba a su arquitecto. El era capaz de manejarlo, esa era nuestra convicción. Algunos contactos previos con militares, igualmente descontentos con el festival de escándalos que caracterizó al gobierno de Figueiredo, formalizaron un aval de los cuarteles para una transición sin mayores traumas. Los cambios de fondo en las reglas del juego político sólo se harían

después de la instalación de la constituyente, en 1987. El polvo del tiempo todo lo cubriría. La habilidad, el poder de conciliación y la legitimidad de Tancredo Neves, apoyada por consenso nacional, lograrían ejecutar la acción pactada. Pero el juego de imponderables seguía libre y sin que nadie le prestase atención.

Durante la campaña electoral, el adversario de Tancredo - el diputado Pablo Maluf, de 52 años - buscaba en toda forma explotar los 75 años de Tancredo Neves, quien sabía que cualquier señal de debilidad física ocasionaría un desastre político. Por eso no trató de evitar a tiempo la infección que lo llevaría a la mesa de operaciones la noche anterior al día de la toma de posesión del gobierno, y a la muerte treinta y ocho días después, en un martirio que conmovió a los brasileños hasta el fondo de sus almas. Fue el martirio del propio pueblo brasileño, que lloró la muerte de Tancredo como si estuviese perdiendo a un salvador. La sensación general de desamparo se transformó en un voto popular de desconfianza al heredero del "gobierno de la esperanza" de Tancredo, el vicepresidente José Sarney, hoy presidente por imposición constitucional. Sarney fue colocado en este puesto por la mera composición de fuerzas políticas, a nadie se le pasó por la cabeza que el presidente de la transición terminaría siendo él, pero de la misma forma, nadie quiere saber de nuevos golpes.

FATALIDAD DEL DESTINO

El entierro del régimen militar quedó a cargo de uno de sus más conspicuos servidores civiles. Pero hay más: como presidente del PDS, del partido de la "revolución", y senador, Sarney comandó la batalla parlamentaria que derrotó la enmienda constitucional que restablecía las elecciones directas. Su biografía registra, por tanto, la acción de comando responsable de la amargura nacional. ¿Cómo entregarle, entonces, el liderazgo del "gobierno de la esperanza" ? Su falta de legitimidad se encuentra en razón inversa a la legitimidad de Tancredo Neves. El presidente muerto tenía consenso nacional, Sarney se enfrentará a la desconfianza nacional.

Teóricamente el nuevo presidente brasileño sabe cómo operar políticamente. La coalición que integra el PMDB y el Frente Liberal - la Alianza Democrática - sabe cómo sustentarlo en el Congreso. Los militares prometen respecto a la Constitución, pero, al mismo tiempo, Sarney sabe que su legitimidad depende de las reacciones populares frente a lo que haga en concreto. Por ello, el orden en el ámbito de su gobierno, totalmente constituido por ministros escogidos por Tancredo Neves, es trabajar con el objetivo principal de ampliar las bases populares. Así, un progra-

ma titulado como prioridad social para el 85, ya fue puesto en marcha en el Ministerio de Planeamiento.

Pero la demanda reprimida de estos últimos veinte años es tal que un gobierno fallido (el déficit de caja este año es de 50 trillones de cruzeiros, es decir, cerca de 10 billones de dólares) no podrá ni siquiera amortizar la deuda sin colocar el pie en el abismo de una inflación al "estilo argentino". Se confiaba en que Tancredo Neves lograría atravesar la encrucijada. El gran temor es, ahora, que Sarney no la pueda atravesar, temor que existe también en el propio Sarney. En el mensaje a los brasileños, inmediatamente después de la muerte del presidente, Sarney pidió que lo ayudasen. Un gesto de humildad que necesitó de mucho esfuerzo para apagar veinte años de convivencia con la truculencia, arbitrariedad y masacre social. "La conciliación nacional con Tancredo Neves era una necesidad, conmigo es una obligación", se desahogaba Sarney, actual presidente del Brasil gracias a la fatalidad del destino.